

Una historia de ladrillo

Es una historia que nos concierne y empezó, probablemente, hace más de 4.000 años. Que nos concierne una historia tan antigua es suficiente historia como para que, al menos, le dediquemos un artículo, aunque sea poco serio —no hay cosa más espantosa que la seriedad del historiador— poco científico —para el caso es lo mismo— un tanto disparatado y con unas gotitas de adusta verdad. (No les prometo sinceridad porque a ésta no la conozco ni nadie me la ha presentado).

Si viajan a la antigua Ur, viaje poco recomendable a estas alturas, presenciarán muros de ladrillo, largos muros estriados compuestos de barro cocido en formas ortoédricas. Son monótonos, pero muros son: ya tenemos al ladrillo.

Por aquello de que el ladrillo es muy manejable y de fácil puesta a punto, los romanos echaron mano de él para solucionar cosillas arquitectónicas. También dieron ladrillo a fachadas de edificios, síntoma de austeridad práctica.

Los musulmanes, muy melindrosos, ahorrativos y viendo el buen resultado que dio a los romanos el ladrillo, a sus súbditos de la Mesopotamia también, se hicieron con la herencia. Sin ir muy lejos, Toledo se nos presenta como ejemplo patente del sentido constructivo y decorativo del ladrillo: el mudejarismo ha sido la gran herencia: filigrana del ladrillo, baratura de la construcción y por supuesto, rápida construcción.

Y en el barroco español, allá por el siglo XVII, púsose de moda la fachada de ladrillo con cuadros de piedra: adusto, noble y ahorrativo cuando había poco oro.

En el siglo pasado, los historicismos, las nuevas tecnologías aplicadas a la arquitectura, el “progreso”, combinaron el ladrillo con el hierro y el vidrio. El ladrillo tomó un carácter muy especial (véase —si da tiempo— el resultado tardío en nuestra Fábrica de Harinas).

Manzanares sufre ahora la fiebre del ladrillo. De ahí que nos concierne la Historia. Las vetustas casas no-



biliarias de nuestra población incorporaban el ladrillo al modo del barroco madrileño. Piedra y ladrillo, un ladrillo que remarcaba los vanos y lo noble (portadas) y que era, cuando no lo hacía, simple elemento constructivo. A lo sumo, ya cerca de la cornisa de las casas, frisaba el “espinel” (salida del ladrillo en esquina) que ya ideara el alarife musulmán.

Las que ahora se construyen suelen imitar a estas aristocráticas muy barrocas: no está mal. Otras hay que tienden a lo mudéjar, a implantar una moda toledana que por aquí nunca la hubo: pase por lo de “Castilla-La Mancha”. Algunas —y éstas sí son ya terribles— usan el ladrillo como se usaba en Ur hace tantos milenios. Son fachadas prietas, monótonas, monocromas, abusadoras del entorno, que sí, utilizan el ladrillo histórico... pero aburren soberanamente y rompen la armonía de este inarmónico pueblo.

¡Triunfa la estética del ladrillo! Adiós triste tapial manchego, adiós barro encalado... la Historia es inflexible, aunque a veces se repita.

Manchegos —recabemos— 4.000 años de Historia contemplamos en estas nuevas fachadas.